



Por MIGUEL DE UNAMUNO

LA NACION

SALAMANCA, abril de 1919

Si, como ya lo dejó dicho lord Byron, «las palabras verdaderas son cosas» —true words are things («Carino Panero act. v. escolar») ¿no han de caer las murallas de Jericó a los golpes de las verdades que brotan de las entrañas?

Según cuenta el libro de Josué en su capítulo VI las murallas de Jericó — algo así como una Bastilla — cayeron desplomadas cuando el pueblo israelita se puso a dar gritos (vers. 20). Seguramente que no gritos articulados, porque no es lenguaje de todo un pueblo el lenguaje articulado. Eso de la poesía popular no pasa de ser una absurda invención. El pueblo no puede inventar ni una cuarteta, aunque una vez ésta inventada por quien sea, por un poeta anónimo, por un hijo del pueblo, éste, el pueblo mismo, como colectividad, la haga suya. Pero el pueblo puede gritar y cuando grita de lo profundo de su múltiple y unánime corazón derriba con sus gritos las murallas de las ciudades enemigas. Y esos sus gritos son aullidos.

«Aullad, porque está cerca el día del Señor!» decía Isaias, el profeta del separatismo (cap. XIII, v. 6). Decía «aullad» — «uhulate», en la versión latina de la Vulgata — y no: «ladrad». Dicen los curiosos investigadores de la historia del perro que lo natural en éste es el aullido, que un perro al que se le criara separado de todos los demás perros sus semejantes, sin poder oír jamás a ninguno de éstos — al modo de aquella experiencia que según Herodoto hizo el rey egipcio Psamético con dos niños recién nacidos que entregó a un pastor a que los criara sin oír palabra humana para averiguar cuál fuese la lengua primitiva, que no resultó siendo precisamente el vasconce como aun hay quien lo cree en mi tierra nativa, sino el frigio — dicen que un perro así criado aullaría, como aulla el lobo, pero no ladraría. Y hay quien dice más y es que el perro ladra porque queriendo hablar, como habla su amo, no lo consigue. De donde se sacaría que el ladrido es un lenguaje articulado frustrado y el aullido la voz de las entrañas mismas naturales del perro, del perro antes de su servidumbre bajo el hombre. Y así el pueblo, como el perro, cuando se siente natural y libre, cuando se siente lobo de la selva de la igualdad primitiva y mítica, entonces aulla y no ladra. Aulla cuando está, cerca el día del Señor.

Ahora está el perro de millones de corazones y de bocas unánimes aullando. Y hay gentes atorradas que se preguntan: «qué dice?» Le oían ladrar pedantescas fórmulas del socialismo llamado científico de Marx. Y cómo se les llenaba la boca con eso de «científico» a los que sin saber resolver una sencilla ecuación de segundo grado, e incapaces por lo tanto para ahondar siquiera un poco en la economía política, se nos venían con todo eso de la plus valía y de la ley del bronce del salario! Pero estamos volviendo al socialismo utópico, que es el verdadero socialismo, al que hacen los hombres y no al que hacen las cosas. ¡Cómo si los hombres no fuesen cosas!

El determinismo hegeliano de Carlos Marx se viene por los suelos, antes que las murallas de Jericó, y la revolución social la están haciendo los hombres. Nada menos pedantesco que el sindicalismo.

Estamos viviendo días como los de la gran Revolución francesa. También esta gran revolución se ha querido ex-

plicar por las cosas y no por los hombres, por el proceso económico y no por el ideológico. Aunque después de todo no es el hambre sino la idea del hambre la que hace las revoluciones. O más bien el sentimiento de la injusticia despertado por un hombre que empieza a curarse. Porque el verdaderamente hambriento ni se rebela.

Fouillé hablaba de la idea-fuerza. Y hay la palabra-fuerza. La más grande revolución de los tiempos la hizo el Evangelio y en él se proclama el todopoderío de la palabra. «Dí sólo una palabra y mi criado sanará» — decía el centurión a Jesús — porque también yo soy hombre de poder y tengo a mi mando soldados, y digo a éste: ve! y va, y al otro: ven! y viene, y a mi siervo haz esto, y lo hace» (Mat. VII, 8-9). Y en el cuarto Evangelio, el que lleva el nombre de Juan, se nos dice que en el principio era la Palabra y que por ella fueron hechas las cosas todas y que sin ella, sin la palabra, no se hizo nada. Y toda palabra verdadera es una cosa, tan cosa y más que un producto industrial cualquiera, tan cosa y más que un obús o un torpedo.

¿Fue el estado económico de Francia en el último tercio del siglo XVIII, o fueron Rousseau y los enciclopedistas los que hicieron la gran Revolución? Pregunta ociosa sin duda. Uno diría que aun con aquel estado económico sin las doctrinas rousseauianas — en las que no se incluye sólo las personales de Rousseau — la gran Revolución no habría sido posible, y otro replicaría que sin aquel estado económico estas ideas habrían sido predicadas en balde. Pero propendemos a creer que las ideas habrían provocado una revolución en cualquier otro estado de cosas. ¿Que tales ideas surgieron del estado económico del pueblo? ¿Por qué no éste, de aquellas? Es un círculo vicioso. Y es dar vueltas a la rueda sin fin cavilar si la materia hace la forma o la forma hace la materia. Se hacen una a otra. O más bien la materia es, si bien se mira, forma y la forma es materia. El estado económico de un pueblo es una idea, cualquiera en potencia, y una idea es un estado económico.

Si la revolución socialista había de hacerse fatalmente, por el proceso mismo de la propiedad en el industrialismo moderno, si habían de traerla las cosas, hicieran lo que hicieran los hombres, según enseñaba la concepción materialista de la historia de Carlos Marx, ¿por qué éste, con Engels, lanzó su manifiesto de acción a los trabajadores todos del mundo? Y este manifiesto, que marca un hito en la historia de la humanidad, ha tenido más eficacia que todas las sofisticas y pedantescas concepciones económicas de aquella obra tan genuinamente tudésca que es «El Capital». «El Capital» y sus doctrinas no se tienen ya en pie, pero aquel manifiesto sí.

Recuerda Jorge Sorel en su libro «Reflexiones sobre la violencia» — que es la más luminosa exposición de lo que podríamos llamar la filosofía sindicalista — que Carlos Marx escribía a su amigo el inglés Beesly que había publicado un artículo sobre el porvenir de la clase obrera, que le había leído hasta entonces por el único inglés revolucionario, pero que en adelante le consideraría como reaccionario porque «quien compone un programa para el porvenir es reaccionario». Y Sorel, por su parte, añade que Marx rechazaba cualquier tentativa que tuviera por objeto determinar las condiciones de una sociedad futura, y que no se insistía jamás bastante sobre este punto porque nos permite ver que Marx se ponía fuera de la ciencia bur-

guesa. Y agrega Sorel: «También la doctrina de la huelga general niega semejante ciencia y los doctos no dejan pasar ocasión de acusar a la «nueva escuela» de no tener más que ideas negativas, pues en cuanto a ellos, se proponen el noble fin de fundar la felicidad universal. No me parece que los caudillos de la democracia social hayan sido siempre muy marxistas en este punto. Años hace, Kautsky escribía el prefacio de una utopía bastante burlesca».

¿Pero es que realmente Carlos Marx no hacía programas para el porvenir? No en el sentido de trazar un programa que los «hombres» habrían de ejecutar, pero sí en el sentido de predecir algo del estado económico a que las «cosas» nos han de llevar. Si un astrónomo describe, con más o menos detalles, un eclipse futuro, no diremos que les está trazando al Sol, a la Luna y a la Tierra el programa que han de cumplir, pero sí que traza un programa. Y en este sentido el mismo Marx se sintió algo reaccionario. Creyóse obligado, en gran parte, para aquietar a los burgueses, a predecir lo que habrá de suceder y cómo ha de ir concentrándose la propiedad cada vez en menos manos. Porque el buen burgués lo que quiere es que le describan de qué enfermedad ha de morir y si es posible cuándo. Necesita tomar sus medidas. Lo que más le gusta es lo más hermoso que tiene el porvenir: su incertidumbre. Si le enseñan el Infierno saltará en él, después de haberlo visto, antes que en las tinieblas.

«¿Qué quieren? adónde van» — se preguntan ahora angustiados los hombres que por vivir del destinatario o de la renta necesitaban un tiempo homogéneo, un porvenir que repita el pasado. Y sólo cabe contestarles: «¿qué quieren? ¡ni ellos lo saben! ¡Y aquí está su fuerza!»

«¡Pues hay que darles una finalidad, un objetivo!» — claman. Pero no. Lo que hay que darles es la idea misma de lo que hacen. Sin idea, lo que hay que darles es la conciencia de su acción. Porque debajo de su acción hay una idea! ¡Y hay que aislar esta idea! ¡Aislar una idea! ¿Sabes bien, lector, lo que es aislar una idea? Toda idea es un acto en potencia; toda idea tiene a su realización. La pasajera tentación de hacer o decir algo, por absurdo que sea, es el hecho o dicho inconsciente y ahogado luego al ser concebido, antes de nacer. Cuando por el hipnotismo se le vacía a uno de ideas la conciencia y se le echa luego en ésta, en la conciencia así vaciada, una idea cualquiera, tiende esta idea a convertirse en acto. El hipnotizado no obedece a la voluntad del hipnotizador sino que obedece a la voluntad de la idea — que es voluntad y es fuerza — que estando aislada, sola, en su conciencia, no tiene quien se la contraponga (dentro de ciertos límites, claro!) Y el hipnotizado hace lo que le manda la idea aislada, no lo que le manda el hipnotizador.

Y el hipnotizado hace lo que le manda la idea aislada, no lo que le manda el hipnotizador.

Están surgiendo en el alma del pueblo ideas poderosas y aisladas. La gran guerra las ha sacudido. La gran guerra ha sacudido las entrañas de la humanidad y las entrañas de la humanidad están hechas de ideas y no de necesidades económicas. La envidia, si queréis, sí, la envidia, sea! pero no el hambre. Se repite la vieja historia legendaria de Cain y Abel. Y Cain no mató a Abel por móviles económicos. Cain era un pensador. Cain fue el primer pensador, y dice el Génesis que el primero que levantó una ciudad

